

PYRENAE, vol. 46 núm. 2 (2015) ISSN: 0079-8215 EISSN: 2339-9171 (p. 79-87)

© Miguel Ángel Cau, 2015 – CC BY-NC-ND

REVISTA DE PREHISTÒRIA I ANTIGUITAT DE LA MEDITERRÀNIA OCCIDENTAL

JOURNAL OF WESTERN MEDITERRANEAN PREHISTORY AND ANTIQUITY

DOI: 10.1344/Pyrenae2015.vol46num2.4

Arqueología para un futuro incierto: un debate abierto

Archaeology for an uncertain future: an open debate

MIGUEL ÁNGEL CAU ONTIVEROS

ICREA, Institució Catalana de Recerca i Estudis Avançats

ERAAUB, Equip de Recerca Arqueològica i Arqueomètrica de la Universitat de Barcelona

Pyrenae, editor asociado

Departament de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia. Facultat d'Història. Universitat de Barcelona

C/ Montalegre, 6, E-08001 Barcelona

macau@ub.edu

En el marco de la celebración del 50.º aniversario de la revista *Pyrenae* (1965-2015), próximos además al centenario de la lección inaugural de Bosch Gimpera en la Universitat de Barcelona que se celebrará en 2016, y en unos momentos en que el futuro de la arqueología está siendo seriamente amenazado, parecía oportuno reflexionar sobre el modelo de arqueología y su desarrollo en España durante los últimos decenios.

Un texto enviado por Desiderio Vaquerizo a la redacción de *Pyrenae* para su consideración, escrito en un estilo directo y claro y sin miedo a posicionarse, suscitó este foro de debate que ahora presentamos. A su visión, desde la academia, pero con un conocimiento e implicación directos en la arqueología urbana de Córdoba, nos pareció conveniente sumar otras firmas que pudieran proporcionar una visión diferente o al menos complementaria. De esta manera, se invitó a comentar el texto original de D. Vaquerizo a A. Ribera cuya experiencia en arqueología urbana en Valencia desde la Administración podía dar un contrapunto interesante. Asimismo, se invitó a C. Benet y A. Rigo, de Codex, S.L., a ofrecer su visión desde una de las empresas privadas de arqueología (en su origen cooperativa) más antiguas y que, por tanto, ha experimentado diferentes etapas, incluidas las de bonanza y de crisis.

En los últimos decenios, el modelo económico basado en la construcción supuso un enorme volumen de obras a lo largo y ancho de la geografía española. Este desarrollo urbanístico tuvo que dar tratamiento a los restos arqueológicos que aparecían en los solares y edificios como testimonio silencioso del pasado de nuestras urbes, pero también del resto de nuestro territorio en todas aquellas intervenciones motivadas por la reforma y ampliación de la red viaria, ferroviaria o incluso portuaria o aeroportuaria, en algunos casos. Todo ello conllevó, gracias a la legislación vigente y a la transferencia de competencias en materia de patrimonio a las comunidades autónomas, un incremento de intervenciones arqueológicas inusitado hasta la fecha y la aparición de una nueva salida profesional que antes apenas existía: la de arqueólogo como profesional liberal. Fue el momento del *boom* de las cooperativas y empresas de arqueología y de los miles de trabajadores autónomos que dedicaron su esfuerzo a la arqueología de urgencia, preventiva, de salvamento o, como quiera que la hayamos llamado, a veces incluso, como denomina Vaquerizo, «forense» de nuestro patrimonio, por supuesto con realidades muy desiguales y ejemplos muy diversos.

La arqueología académica, por decirlo de alguna manera, o quedó apartada de esa realidad o se vio sumergida en ella con los mismos problemas que la empresa privada. En cualquier caso, me atrevería a decir que la brutal remoción de tierras y la exploración y descubrimiento de importantes yacimientos no conllevó una implicación pareja desde el ámbito universitario, y no creo que fuera por falta de interés científico. En otras realidades, como la británica, muchos departamentos de arqueología tuvieron en su momento unidades dedicadas a la arqueología de intervención. Recuerdo, de memoria: los University of Leicester Archaeological Services (ULAS), los Archeological Services University of Durham, la Greater Manchester Archaeological Unit o la Sheffield University Archaeology Unit, que funcionó en su día en Sheffield. En nuestra realidad, eso no sucedió. En algunos casos un exceso de celo, y a veces un purismo exacerbado, hicieron pensar que eso era casi un sacrilegio. También desde algunos sectores de la propia academia, así como desde la empresa privada, esta posibilidad se consideraba una competencia desleal a las empresas, lo que sin duda paralizó algunas de esas iniciativas. La universidad podría haber creado sus servicios de arqueología para dar salida a sus egresados. En determinados momentos, sí participó de esta arqueología a partir de investigación por contrato o, a veces, poniendo al frente de las excavaciones a sus pupilos. En otros casos, parecía que la universidad era «buena» para hacer aquello que no podían hacer las empresas —y me refiero en este sentido a diversos tipos de análisis postexcavación, por ejemplo—, pero no para poder encargarse, o colaborar desde el principio, de los proyectos a escala global y con una clara apuesta investigadora, a veces «molesta» en el panorama de la prisa, pero que debería haber regido toda intervención arqueológica por definición. La investigación es el pilar sobre el que se asienta la arqueología. No puede existir valorización ni difusión sin una investigación rigurosa. Y en arqueología, desde el momento que se interviene, se está investigando o se debería.

A su vez, en distintos lugares, en ciudades con universidades que podrían haber desempeñado un papel muy activo, no se tuvo en cuenta esa realidad en el desarrollo y la planifi-

cación, por ejemplo, de la arqueología urbana. En otros lugares, la universidad entró en las dinámicas propias de una investigación subsidiaria de las intervenciones urbanísticas, pero pronto se vio arrastrada por las urgencias y premuras en el mismo sentido que la empresa privada; por supuesto, en líneas generales, porque excepciones honrosas las hubo en todos los frentes. Todo esto, en conjunto, acabó creando un clima de desconfianza entre empresa y academia; entre academia y administraciones; en definitiva, entre unos y otros, que no ha hecho más que dividir el sector y en realidad debilitarlo, porque no existe más debilidad que la atomización y la falta de masa crítica y de cohesión.

Las causas del divorcio entre universidad y arqueología de intervención me parecen múltiples y no creo que pueda achacársele a la academia toda la responsabilidad. Tal vez las administraciones públicas deberían haber apostado por un modelo diferente de investigación y gestión del patrimonio arqueológico y no privatizarlo como se hizo en la inmensa mayoría de los casos. O, en su defecto, tal vez se deberían haber instrumentalizado canales claros de colaboración entre la empresa y la universidad, desde la misma planificación de los proyectos, hasta la excavación y su análisis posterior, para poder extraer el máximo rendimiento científico a lo que estaba aconteciendo. O se podría haber profundizado en la relación entre universidad y administraciones locales y autonómicas para desarrollar planes integrales de arqueología de una manera mucho más coordinada. No se trata de buscar culpables, porque en todo caso lo fuimos todos, sino de entender lo acontecido e intentar buscar soluciones. Lo cierto es que, pese a numerosos trabajos honrosos y meritorios, el desarrollo urbanístico despiadado y «la cultura del pelotazo» han significado, a juicio de muchos, seguramente la mayor destrucción masiva de patrimonio arqueológico a la que ha asistido este país a lo largo de su historia. También es cierto que, gracias a esa remoción de tierras de enorme magnitud, aparecieron yacimientos que nunca hubiéramos conocido ni excavado, y que algunos, desde la misma empresa privada, hicieron un esfuerzo encomiable para extraer resultados científicos, muy notables, con un gran esfuerzo personal muchas veces ni siquiera recompensado.

En los museos, así como en otras instituciones públicas, que desarrollaban una labor investigadora importante, sobre todo ligada a sus entornos más próximos, la estrangulación progresiva de recursos y las políticas restrictivas han provocado que muchas de estas instituciones se limiten ahora a la conservación y difusión, perdiendo uno de los pilares de lo que había sido el museo, tradicionalmente, donde la investigación era parte fundamental. Debemos, en ese sentido, seguir apoyándolos y contar con ellos en cualquier reflexión sobre la arqueología.

Aceptemos que el modelo está agotado; en ese análisis coincido a grandes rasgos con el texto que presenta D. Vaquerizo, que aprecio además por su claridad, contundencia y por asumir el riesgo de posicionarse. No creo que estemos exagerando, porque incluso la misma revista *Science* se hizo eco de la preocupante situación de lo que el propio artículo denomina «arqueología comercial» en España,¹ aunque podría haberse hecho eco de la difícil situación de toda la arqueología en general. Me preocupa, sin embargo, no tanto el

1. Pain, E., 2012, Economic Crisis Forces Spanish Archaeology to Rethink Its Roots, *Science* 337, 909.

pasado —por muy paradójico que eso resulte viniendo de un arqueólogo— como el futuro, el porvenir de nuestra ciencia y profesión. Y, si miramos al futuro, aun reconociendo los momentos difíciles que estamos atravesando, y compartiendo la necesidad de reinventarse a la que alude Vaquerizo, quiero también ser positivo.

La crisis ha conllevado un descenso de las intervenciones, el cierre de numerosas empresas, la emigración o el abandono de numerosos autónomos. Eso es sin duda malo para todo el sector. Y, como es normal, algunos se están reinventando, pero sin que haya habido una reflexión profunda sobre cómo debemos reinventarnos. En mi modesta opinión, si no se hace siguiendo un modelo diferente al que hemos conocido, volveremos a fracasar. En este reinventarse, ahora que los recursos privados son tan escasos, asistimos, por ejemplo, a la proliferación de excavaciones «sistemáticas», promovidas por profesionales autónomos a partir de subvenciones públicas. Eso para los más afortunados, porque muchos han desaparecido del sistema. Cabrá plantearse en algún momento, si ésa es la manera de reinventarse, o si corremos el riesgo de reproducir los mismos errores de la gestión privada de la arqueología, aunque sea ahora con fondos públicos. En ese sentido, y puesto que en ocasiones se ha criticado de la universidad la competencia desleal con las empresas, me pregunto si el escenario de empresas y autónomos intentando salir adelante, mediante convocatorias de subvenciones públicas, a las que en determinadas administraciones no se deja concurrir a las universidades, no será también «competencia desleal», ahora para con las universidades. Lo digo porque las universidades, al menos las de este país, no tienen recursos propios que destinar a la arqueología; lo que se hace, se hace fundamentalmente a partir de conseguir proyectos en convocatorias públicas. ¿O es que unos pueden participar de lo privado y lo público y otros solo de lo público? Es evidente que las percepciones pueden ser diferentes; por eso es saludable aquello de ponerse en la piel del otro y, sobre todo, discutir al respecto abiertamente.

En la academia, la situación no es ni mucho menos más alentadora. Por lo que parece, existe todavía la necesidad de defender la arqueología como ciencia independiente. Muchos años, muchos más de los que celebra *Pyrenae*, de desarrollo teórico y metodológico han hecho de la arqueología una ciencia independiente que tiene mucho de humana, pero también de social y con un grado de experimentalidad que no tiene la historia. Existen muchas arqueologías (y también diferentes tradiciones) y muchas de ellas están más vinculadas a la geografía, la antropología, la sociología o las ciencias experimentales, por más que los problemas a resolver sean de naturaleza arqueológica y puedan ser de índole histórica y social. Algunos siguen considerando la arqueología solo como una ciencia auxiliar o como una mera particularidad metodológica de la historia. A lo mejor es la historia la que es auxiliar de la arqueología, o tal vez lo sean las dos recíprocamente, sin que por ello ninguna pierda su identidad.

Por primera vez en nuestra historia, como muestra de independencia y madurez, existen grados específicos en Arqueología, que son los que deberían habilitar para el ejercicio de la profesión, reconocida y con un impacto social importante, aunque todavía no regulada como debiera. No se me podrá acusar de defender esto por que la institución que

me acoge tenga precisamente un grado en Arqueología, porque ya en los años noventa defendíamos la implantación de una licenciatura específica en Arqueología, cuando creamos con unos compañeros la asociación ARPAL para el reconocimiento de la profesión de arqueólogo y de su licenciatura. Por cierto, acabo de descubrir que las siglas nos han sido «usurpadas» por la Asociación para el Reciclado de Productos de Aluminio, no sé si de modo premonitorio. Como suele decir un estimado colega, si la arqueología fuera medicina, no habría discusión posible; un médico, para serlo, debe estudiar Medicina. Así pues, en el siglo XXI un arqueólogo debería estudiar Arqueología. Otro debate es qué contenidos debiera tener el grado, pero esa es otra cuestión que deberá ser abordada con sosiego, aunque con prontitud, ahora que parece que pasaremos a la implantación de grados de tres años más dos de máster (aunque prefiero el modelo 3+1+1), como debiera haberse implantado ya desde un primer momento.

Y si no nos hemos puesto de acuerdo en lo básico, es otra vez por que nos encontramos divididos y atomizados. Entiendo los intereses y las preocupaciones legítimas de todos aquellos que por convicción, o porque no teniendo fuerza docente suficiente para tener grados específicos, defienden la Historia, las Humanidades o la Historia del Arte como estudios que permiten acceder a una carrera en el mundo de la arqueología. Puedo entender también las reticencias de aquellos que siguen percibiendo la arqueología simplemente como una rama de la historia y, por tanto, creen que ni siquiera es necesario que haya grados específicos en Arqueología (ni, por extensión, departamentos ni otras estructuras independientes de Arqueología). Lo entiendo —de hecho, últimamente, debido a circunstancias personales que ahora no vienen al caso, lo entiendo casi todo—, pero no puedo compartirlo, por convicción. En palabras de L.R. Binford, a quien recordamos en su momento en esta revista, «la primera idea que rechazaríamos es la de que los arqueólogos son simplemente historiadores que trabajan con desventaja...».² Si nosotros mismos no somos capaces de reconocer nuestra singularidad e independencia, no podemos esperar que otros las respeten. Y eso nada tiene que ver con que la historia no sea una ciencia afín, próxima, como otras lo son.

El futuro parece que se plantea complejo, primero debido a la persistencia de la idea de que la arqueología no es más que una particularidad metodológica; algo que, por decimonónico que nos pueda parecer a algunos, sigue teniendo cierto predicamento, entre diversos sectores, muchas veces ajenos a la práctica arqueológica. Observo con preocupación, por ejemplo, las reorganizaciones de las estructuras de universidades donde la singularidad y autonomía de la arqueología se menoscaban. Resulta preocupante que además estas decisiones se enmascaren en presuntos anhelos de interdisciplinariedad, cuando solo priman en realidad intereses políticos, de política universitaria me refiero, como si hacer perder la autonomía de gestión de las disciplinas fuera a servir para ahondar en las colaboraciones, o como si no fuéramos conscientes de la situación de nuestro territorio y de lo que pasa

2. Binford, L.R., 1988, *En busca del pasado*, Crítica, Barcelona, p. 24 (*In Pursuit of the Past. Decoding the Archaeological Record*, Thames and Hudson, London, en realidad, de 1983).

en realidad. La arqueología es, por definición, interdisciplinaria y transdisciplinaria y lleva mucho colaborando con otras disciplinas, más bien forjando su propia identidad precisamente entre disciplinas, y no considero que hacerle perder su autonomía sea necesario para seguir colaborando con unos y otros. Ese ataque constante a la arqueología como ciencia perjudica no solo a la academia, sino al futuro de la disciplina en su conjunto, incluyendo también su ejercicio como profesional liberal. Y ahí la responsabilidad es de todos nosotros, juntos, si no somos capaces de exigir lo que deberíamos sin fisuras y nos guían intereses particulares y a veces espurios y no el interés general. El departamento que creó esta revista, y que es fruto y continuación de lo que ha dado en llamarse la Escuela de Barcelona (haya o no existido en realidad), con figuras de la talla de Bosch Gimpera, Pericot, Maluquer, Tarradell, Palol y tantos otros, desaparece como tal; basta con entrar en la página web para darse cuenta de que no es en realidad un problema de plantilla, con un número elevado de personal permanente, mucho más si se consideran postdoctorales y predoctorales, etc. Ya dice el refranero aquello de que «cuando las barbas de tu vecino veas cortar, pon las tuyas a remojar».

Le pese a quien le pese, la arqueología es una ciencia independiente y, por más que la amenaza sea siempre la misma, en nuestras manos está seguir defendiéndola. Eso pasa, a mi juicio, en primer lugar por unir fuerzas y dejar atrás diferencias, muchas veces irrelevantes, que no han hecho más que debilitarnos. La arqueología no es solo la académica, ni la empresarial, ni la de gestión, ni la de difusión, ni tantas otras; la arqueología es una y todas, y son muchas. No es la primera vez que lo defiendo —y en público se me ha oído, aunque bien es cierto que no me prodigo en escribir sobre estas cuestiones—, lo que necesitamos es incrementar la masa crítica y hacerla más fuerte con una unión donde entendamos que existen cuestiones que nos afectan a todos. En ello va nuestro futuro y el de nuestra disciplina, pensando especialmente no ya en nosotros, sino en los que vendrán y en el legado que les transmitiremos. Llegan tiempos de cambio, y lo hacen también para la arqueología; de nosotros depende qué signo tome el cambio, que sea positivo o negativo. A mi juicio, los ataques se van a suceder, y de hecho ya han comenzado, pero la unión hace la fuerza y la fuerza de un colectivo acostumbrado a no desfallecer bajo el sol o el crudo frío del invierno, ni tras largas jornadas de ingente trabajo de laboratorio o biblioteca, no es desdeñable. A lo mejor nos ha faltado, por decirlo de alguna manera, conciencia de clase o «corporativismo», como lo llama Vaquerizo, atomizados e incluso enfrentados como hemos estado academia y empresa; investigación y gestión. Si somos capaces de entender que juntos somos más fuertes y que de ese modo defendemos legítimamente nuestros intereses, pero también el interés general en tanto que ciencia y en tanto que futuro, a lo mejor tenemos mucha más fuerza de la que algunos imaginan. Ha llegado el momento de salir de nuestros agujeros, de nuestras torres de marfil (como algunos han querido ver la academia, a mi juicio injustamente), para cambiar muchas de las dinámicas que existen y que no han hecho más que perjudicarnos. Y ¿qué me hace ser optimista?, pues sencillamente que a veces confluyen en el tiempo y en el espacio condiciones que favorecen el cambio, que frente a la magnitud del peligro que

se avecina, como es simple y llanamente la estrangulación progresiva de la arqueología hasta su desaparición, es el momento de entender que en ello nos va mucho a todos y que nuestros intereses particulares, legítimos, son secundarios frente a problemas de esta importancia. Hay que dejar atrás las diferencias y ahondar en aquello que nos une para crear un colectivo cada vez más grande y más fuerte, y empezar un cambio efectivo basado en la colaboración a todos los niveles. No es posible que muchas de las decisiones que se toman en materia de patrimonio arqueológico (y con ello me refiero a todo: investigación, docencia, gestión, difusión, planificación) se hayan tomado a menudo obviando, por no decir ninguneando, el colectivo. También me hace ser optimista la crisis misma que va a obligar a replantearnos la situación, aunque sea por obligación. Y me hace ser optimista también que se está produciendo un relevo generacional y que estamos cediendo el paso a nuevas generaciones que tal vez puedan afrontar algunas cuestiones desde perspectivas diferentes y sin situaciones deudoras del pasado.

Frente al creciente estrangulamiento de la arqueología, que no es ajeno al de las humanidades en general, propongo potenciarla y darle cada vez más visibilidad en las instituciones académicas, con departamentos específicos en aquellos lugares donde haya personal suficiente y, cuando sea posible, con la creación de institutos de arqueología (entendida de modo transversal y diacrónico) que permitan posicionar nuestras instituciones en condiciones competitivas a escala internacional. Sé que la tendencia en nuestro país es precisamente la contraria, pero me ha gustado siempre nadar contra corriente. De no hacer nada, creo que cometeremos un error cuyas consecuencias podrían ser devastadoras a medio y largo plazo. Basta con dar un repaso a otras realidades para darse cuenta de que, pese a todo, la arqueología parece dar sus réditos, pero también de que en aquellos lugares donde se han producido fusiones, y la progresiva pérdida de identidad, el resultado es por lo general negativo. En muchas de las instituciones punteras se ha potenciado la arqueología a través de institutos, muchos de ellos con una doble función de investigación y docencia a todos los niveles (algo que parece difícil que suceda en la universidad española), que han situado esas universidades a la vanguardia de la arqueología, incluso teniendo en algunos casos plantillas relativamente modestas, en cuanto a número.

Me refería en párrafos anteriores a que los grados específicos en Arqueología deberían ser los que formasen arqueólogos y que fuera ésta, desde el momento en que existe, la titulación requerida para ejercer como tales (y no olvido que, siendo así, habrá que ser muy cuidadosos con los sistemas de becas y ayudas que garanticen siempre la igualdad de oportunidades). Debe apostarse también por másteres que sean capaces realmente de dar una formación más específica y una oferta diversificada, y no esta especie de deriva generalista que de poco ha servido en realidad, apostando cuando sea posible por estrategias conjuntas interuniversitarias e internacionales que permitan ofertas más fuertes y más atractivas a escala global. Aunque habrá que pensar que la especificidad y utilidad están reñidas con poner números mínimos de matriculación para poder impartirlos. Igualmente, los doctorados deberían ser específicos y no generalistas y también con vocación interuniversitaria e internacional, que persigan una formación de calidad. Y todo ello con sistemas

de acreditación y verificación simplificados que permitan muchísima más flexibilidad y dinamismo. Esto facilitaría que, si algo no funciona, se pueda cambiar fácilmente, porque reivindicó la cultura del fracaso, aunque sea simplemente por aquello de que solo puede fracasar quien intenta; y lo importante, frente al inmovilismo, no es fracasar, sino haberlo intentado, ser capaz de levantarse, reorientarse y seguir adelante sin cometer los mismos errores.

Hace falta también un colegio profesional propio e independiente, como lo es la arqueología, fuerte y que sirva para definir muchos de los aspectos del ejercicio de la profesión y también como interlocutor frente a determinadas cuestiones planteadas por las administraciones y la sociedad en general, recordando eso sí que tan «profesionales» son los que ejercen por su cuenta como los que trabajan en la academia o en cualquier otra institución.

Del mismo modo, deberían producirse cambios en las administraciones públicas y en la academia, por medio de los que se prime la transparencia, la igualdad de oportunidades y se rompa, entre otras cosas, con las dinámicas de servilismo y endogamia malentendidas, que por desgracia tanto se han extendido. Esas prácticas, que tanto han criticado con razón «los arqueólogos como profesionales liberales», se han instalado también en la arqueología preventiva y de urgencia, con personal en condiciones lamentables, con creaciones de auténticos círculos de servilismo, con mercadeo de trabajos, con competencia desleal entre empresas, y otras prácticas que todos conocemos; pero eso es algo que las contribuciones invitadas a este debate podrán tratar mucho mejor.

En la universidad, la definición de hojas de ruta por lo que se refiere a los recursos humanos, estableciendo una carrera investigadora y separándola, de otra eminentemente docente, sin que ello signifique que no puedan existir *cursus* mixtos, resulta esencial al menos para entender qué pasos se deben seguir en una carrera y también para no crear un embudo en donde dos carreras diferentes (la que prioriza la investigación y la que destaca la docencia) encuentren solo una vía de estabilización, como es la del profesorado universitario cuya situación sabemos todos la que es. El desarrollo en las universidades de la figura de investigador, posibilidad ya contemplada en la LRU, pero apenas desarrollada por motivos de sobra conocidos, debería ser una reclamación de toda la comunidad, así como la toma de conciencia de que se necesitan también técnicos e investigadores en estadios intermedios, pero con la estabilidad necesaria para que puedan ayudar en la investigación. En lugar de una pirámide invertida, que es lo que tenemos ahora, se trata de ir construyendo una pirámide con una base cada vez más amplia, pero estable, que permita que la investigación avance. Otro aspecto a considerar es que las exiguas tasas de reposición del personal académico están suponiendo una pérdida irreparable en la universidad española, con el agravante además de que la desaparición de las figuras más experimentadas comporta con suerte (sí es que no desaparecen; se amortizan, como se comenta habitualmente) sustituciones por otras de menor experiencia, lo que significa en su conjunto una descapitalización de la plantilla universitaria. Y si en un momento anterior del texto me refería a que muchos autónomos han «desaparecido» del sistema,

mejor ni contar los investigadores que se han quedado por el camino, muchos de ellos con formación doctoral y postdoctoral y con trayectorias muy meritorias.

En un orden mayor, debería perseguirse la conversión del país como referente para la arqueología. Resulta paradójico que, con la riqueza arqueológica y con el potencial que tenemos (y me refiero a todos de manera conjunta: academia, empresa, museos y administraciones), no seamos en general un referente en arqueología. Debe existir una política clara que nos sitúe en el mapa global de la arqueología mundial a todos los niveles: investigación, gestión, difusión, etc.

Algunos me acusan de perseguir quimeras y seguramente no les falta razón, pero solo se alcanzan los sueños que se persiguen y muchos solamente pueden hacerse realidad de manera colectiva. En ello nos va la supervivencia y el futuro de la arqueología en este siglo XXI que nos ha tocado vivir.

Esperamos que este foro y estas firmas invitadas, que por supuesto no agotan ni el tema ni los puntos de vista posibles, sirvan, aunque sea solo como recordatorio de que debemos emprender un debate más profundo, generalizado, sosegado, pero también con pasión, autocrítico, pero sobre todo constructivo. Un debate que nos permita superar las diferencias y la atomización, incrementar la masa crítica y su cohesión, y marcar las líneas estratégicas y un nuevo modelo, que deberán regir la arqueología española en las próximas décadas, superado el «pelotazo» y, esperemos que pronto, también esta crisis devastadora. Es un reto, pero también una necesidad imperiosa.